

Crisis de la modernidad y filosofías ibéricas

*Aporofobia, el rechazo al pobre.
Un desafío para la democracia*

ADELA CORTINA

*PAIDÓS Estado y Sociedad,
Barcelona, 2017
Pags: 196*



Adela Cortina, preocupada por la ola de migrantes que vienen del otro lado del mediterráneo jugándose la vida por llegar a una supuesta Tierra Prometida que es la Unión Europea; alarmada por la llegada de refugiados políticos y de inmigrantes pobres cuyo éxodo viene de muy lejos en el espacio y en el tiempo, arrancados de sus hogares a causa de la guerra, el hambre y la miseria, escribe el libro *Aporofobia, el rechazo al pobre*, para explorar si desentrañando el problema, poniéndole nombre y reflexionando sobre él, se puede ayudar a enfrentar la gran crisis de refugiados políticos que se vive en Europa desde el año 2007. Le importa hacerlo porque la aporofobia es, en su opinión, un atentado diario, casi invisible, contra la dignidad, el bienser y el bienestar de las personas concretas hacia las que se dirige.

Adela Cortina sostiene que junto con el racismo, la xenofobia, la misoginia, la homofobia y los fundamentalismos religiosos (cristianofobia e islamofobia), existe una patología social que resulta urgente ponerle nombre para poder diagnosticarla

con precisión, para intentar descubrir su etiología y proponer tratamientos efectivos. Dicha «lacra sin nombre» es la fobia hacia el pobre.

El libro trata de esa realidad innegable y cotidiana de la aporofobia, de la necesidad de ponerle un nombre para poder reconocerla, así como buscar sus causas y proponer algunos caminos para superarlas. Intenta ofrecer un antídoto frente a ese daño, que, en su opinión, requiere del concurso de la educación formal e informal y la construcción de instituciones que caminen en esa dirección.

En el primer capítulo, la autora narra la historia del término, relatando que en un artículo publicado en el periódico *El País* el siete de marzo de 2000, brindaba a la Real Academia Española el neologismo «aporofobia» para ver si aceptaba incluirlo en el *Diccionario de la Lengua Española*. Siguiendo las pautas del diccionario, proponía que figurara en él con una caracterización –por analogía con otras– como la siguiente:

«Dícese del odio, repugnancia u hostilidad ante el pobre, el sin recursos, el desamparado». Y en ese ilustrativo paréntesis que sigue al término diría algo así como:

« (Del gr. á-poros, pobre, y *fobéo*, espantarse)».

Es ciertamente, sostiene la autora, una expresión que no existe en otras lenguas, e ignora si es la mejor forma de construirla, pero lo indudable es que la repugnancia ante el pobre, ante el desamparado, tiene una fuerza en la vida social que todavía es mayor precisamente porque actúa desde un deleznable anonimato.

En esta sección define la aporofobia como la repugnancia ante el áporos, ante el sin recursos, ante el que parece que no puede ofrecer nada interesante a cambio. Y, sin embargo, ése es el que molesta, es la fobia hacia el pobre la que lleva a rechazar a las personas, razas y etnias habitualmente sin recursos. El problema no es de raza, de etnia ni tampoco de extranjería, el problema es de pobreza. Por eso hay racistas y xenófobos, pero aporófobos, son casi todos. La razón es simple, escribe, descubrirla no precisa grandes especulaciones. En sociedades como las nuestras organizadas en torno a la idea de contrato en cualquiera de las esferas sociales, el pobre, el verdaderamente diferente en cada una de ellas, es el que no tiene nada interesante que ofrecer a cambio y, por lo tanto, no tiene capacidad real de contratar.

«Los delitos del odio al pobre» es el título del segundo capítulo. Cortina caracteriza en este apartado los principales delitos de odio. Por medio de diversas historias la autora revela la abrumadora lista de grupos a los que se dirige el discurso del odio: la xenofobia, la aversión extremada al extranjero; la homofobia, el odio a las personas homosexuales; la fobia a musulmanes, cristianos o personas de cualquier religión; y también la aporofobia, el desprecio al pobre e indigente.

El tercer capítulo lo denomina «El discurso del odio», ahí invita la autora a debatir sobre lo que se ha llamado «discurso del odio» para preguntar si ese tipo de discursos no son un obstáculo para construir una convivencia democrática.

«Nuestro cerebro es aporóforo» es el nombre del cuarto capítulo del libro, según ella, nuestra identidad innata, propia de la especie a la que pertenecemos, nos predispone a desarrollar tendencias evaluativas universales que nos plantean problemas a lo largo de la vida, y a menudo entran en contradicción entre sí. Nuestra identidad neuronal nos hace a la vez sociales e individualistas porque las tendencias que entran en conflicto son el autointerés, la orientación de control, la disociación, la simpatía selectiva, la empatía y la xenofobia. Explicar qué implica cada una de estas tendencias es el núcleo de este apartado. Ahora bien, tener una predisposición no implica estar determinado a actuar en ese sentido, porque el cerebro está dotado de una enorme plasticidad que nos permite modularlo a lo largo de la vida, y, además, existen en él otras tendencias evaluativas universales que los humanos podemos reforzar para reducir y eliminar esas fobias, como es el caso de la tendencia a cuidar de otros. Concluyendo que es necesario ir hacia el reconocimiento recíproco de la dignidad y hacia la compasión, que rompe barreras y se extiende universalmente y que no viene inscrita en los genes ni instalada en el cerebro, pero que la hemos bebido los humanos en tradiciones culturales que hacen de ella la experiencia humanizadora por excelencia.

«Conciencia y reputación» es el título del quinto capítulo del libro. Aquí afirma Cortina que la aporofobia tiene bases cerebrales y sociales que indiscutiblemente pueden ser modificadas, proponiendo que los caminos más seguros para esa transformación son la educación entendida en sentido amplio, y la construcción de instituciones económicas, políticas y sociales capaces de fomentar el respeto a la igual dignidad de cada persona.

El sexto capítulo lo nombra «Biomejora moral». Nuestra autora se muestra convencida de que un factor clave en el proceso de mejora o mejoramiento moral es la motivación. Puesto que la educación es el mejor instrumento con el que contamos para motivar en un sentido distinto el olvido de los menos afortunados, aunque al parecer la educación ha resultado insuficiente, quizá porque la sociedad no ha participado como debiera a educar en el respeto a la dignidad ni en la compasión. Porque sin duda la experiencia compartida del sufrimiento y la alegría, la compasión vivida, sigue siendo la mejor escuela.

Cortina titula el capítulo siete «Erradicar la pobreza, reducir la desigualdad», en él presenta el papel del pobre en la sociedad del intercambio, donde éste provoca sentimientos de rechazo y desprecio. Propone entender como un deber de justicia el compromiso de trabajar para erradicar la pobreza extrema, el hambre y reducir las desigualdades económicas; a su juicio, la sociedad está obligada a empoderar a las personas pobres para que puedan salir de su pobreza. Entendiendo que erradicar la pobreza y reducir desigualdades es una meta ineludible del mundo económico para los siglos XX y XXI, en los que nos ha tocado vivir.

«Hospitalidad cosmopolita» es el octavo capítulo, donde la filósofa, en sintonía con Kant, apuesta por educar para un mundo mejor. Y este mundo sería el de una sociedad en que ningún ser humano se sienta excluido. Cortina apuesta por ir construyendo una sociedad cosmopolita, en la que todos los seres humanos se sepan y sientan ciudadanos. Cultivando los valores de la hospitalidad, convivencia, acogida y solidaridad.

Porque convencida que «lo que es necesario es posible», invita en este libro a sus conciudadanos europeos a tomarse en serio al menos esas dos claves de nuestra cultura que son el respeto a la igual dignidad de las personas y la compasión, entendida como la capacidad de percibir el sufrimiento de otros y de comprometerse a evitarlo.

TERESITA SEVILLA ZAPATA